

FENOMENOLOGÍA

AGUJAS. NEEDLES.

Rafael Pascual Martínez



El consultorio de don Pepe olía a desinfectante y a dolor de agujas y siempre que traspasaba el umbral de aquel cuchitril sanitario tenía la certeza de que, aun yendo de la mano de mi madre, algo terrible iba a sucederme. Ella siempre me decía que la acompañara a casa del practicante porque tenía que ponerse una inyección que le había recetado el doctor el otro día. Yo no sabía que mi madre había ido al médico porque le pasara algo; es más, creía haber sido yo el único en visitar al galeno por ese constipado que cada invierno colapsaba de mocos mis infantiles senos nasales. Y así durante los cinco días que duraba el tratamiento intramuscular, y un año tras otro: después de la salida del colegio acompaña a mamá al colmado de la Asuncioneta a comprar el pan y el avío para la comida del día y una vez en la calle, cargado el capazo hasta el colmo, me dice:

- ¿Acompañas a la mamá a casa de don Pepe a ponerse una inyección que le han recetado?

La interrogación que le otorgaba a la frase era retórica y yo un niño tonto porque el pinchazo siempre me lo daban a mí y siempre accedía de buena gana a acompañarla, como si hubiera sido

para ella la consulta del otro día al pediatra para ver que se hacía con esos mocos y esos estornudos, además de la bufandita y de los odiosos vahos de mentol. Yo creo -estoy convencido- de que yo le daba pena a mamá porque hubiera sido mejor acudir primero a la consulta del practicante que a la tienda a hacer la compra y después ir ella cargada todo el camino con el capazo rebosante estirándole de su brazo -no me dejaba coger de un asa porque estaba constipado y por eso el otro día me llevó a la consulta de don Enrique-, como si postergando unos minutos la visita a casa del practicante se pudiera burlar lo inevitable. Pienso que así retrasaba un acontecimiento que para ella también resultaba doloroso y triste. Dudo que lo hiciera para ganar tiempo mientras ideaba algún pretexto para conseguir que la acompañara a casa de don Pepe porque yo era un niño tonto con el que siempre funcionaba la misma historia tantas veces reiterada.

Recuerdo que me gustaba acompañar a mi madre a la compra porque siempre me compraba una bolsa de patatas o de gusanitos y porque, además, la Asuncioneta siempre tenía puesta la radio en los 40 Principales, que por aquel entonces ponía muchas canciones de Leño como aquella que decía que tire la toaaallaaa... que a mí me gustaba tanto y que en las parroquianas de la tiendecilla provocaba comentarios contra la "música moderna". Don Pepe, en cambio, siempre tenía el transistor sintonizado en Radio Nacional, que no ponía música sino que siempre había alguien hablando de cosas incomprensibles para un niño de siete años. Las voces adultas, serias, de los locutores, creaban un ambiente hostil, como de comisaría. Además, en las paredes no reposaban alacenas repletas de latas de aceitunas y de berberechos, o de botellas de aceite y bolsas de colines de pan, sino que eran

simple azulejo desnudo salpicado de manchurrones y de ese desinfectante que confería al habitáculo aquel olor tan característico. Únicamente había una vitrina acristalada y cerrada con llave en la que se guardaba todo el material necesario para administrarnos las inyecciones y algunas cajas de medicación que la parroquia más asidua a los servicios de Don Pepe dejaba allí para no tener que acarrear con ella cada día hasta su consultorio.

La sala de espera era amplia y los pacientes procuraban tomar asiento lo más distanciados del resto de clientes que les era posible. Sumergidos en la lectura de una revista o en la contemplación silenciosa de ningún punto en concreto esperaban que les llegara el turno. Se creaba una atmósfera de solemne silencio, tan sólo rota por el murmullo de Radio Nacional que llegaba del interior del despacho de don Pepe o por el llanto de un niño que sabe lo que le espera. Entonces, un señor con la nalga dolorida salía del interior de la habitación y con una sonrisa nos indicaba que ya podíamos pasar. Yo entraba con mi madre a que la pincharan y don Pepe nos recibía con una amplia sonrisa mellada que estiraba de su finísimo bigotito negro. En la bancada del fondo destacaba sobre todo el instrumental empleado por el practicante un recipiente de metal en el que hervían en alcohol bajo al continuo calor de una llama jeringas de cristal y terribles agujas de hierro. Aquel tétrico gorgoteo evocaba a partes iguales la celda de un inquisidor y el laboratorio de un alquimista, mientras de fondo se radiaban noticias de política y de economía. Aquel ambiente patibulario lo dulcificaba las chirigotas de don Pepe y la presencia de su perro Truco, un enorme pastor alemán asmático que nos observaba con ojos tristes desde su manta de convaleciente situada junto a la vitrina del instrumental.

Después mamá, al igual que el día anterior y que el año pasado, como si desde el primer momento me hubiera dicho que ese día tenían que pincharme en el culo una medicina para los mocos, me decía ven pacá, que don Pepe hoy tiene cola y me iba bajando los pantalones mientras el hombrecillo de bata blanca iba cargando el antibiótico en la jeringa al son de una alegre coplilla tarareada. Recuerdo que arrancaba a llorar como un borrego mientras agitaba con violencia las piernas, semi-desnudo y boca abajo en el regazo de mi madre. A



mis espaldas, don Pepe volvía a decirme con voz alegre aquello de que me estuviera quieto para que así no le doliera. Yo no le hacía caso y mi pataleta no mermaba su habilidad. El algodón empapado en alcohol me helaba la piel y el alma; después me daba unas palmaditas en el culo que me encogían el aliento mientras decía un, dos tres, culito inglés y entonces, en esa sílaba fatídica, glés, sentía el amargo acero de la aguja traspasar mi débil carne de niño y el antibiótico petrificarse en el interior de la nalga. Lloraba y lloraba hasta salir a la calle, con un estúpido palito de madera en la mano que don Pepe siempre me daba en compensación por el dolor causado, como si fuera un juguete maravilloso tan sólo al alcance de los valientes. A mamá también le hería, tanto mi dolor como su engaño y yo, consciente de ello, alargaba aún más mi llanto como venganza hacia ella.

Al día siguiente no me mintió para ir a ponerme el inyectable. Simplemente me compró una bolsa de esos ganchitos que tanto me gustaban a mí y tan poco a ella porque dejaban la lengua de color naranja y como si tal cosa emprendimos camino a casa del practicante, ella cargada como siempre con su capazo y yo con la razón anestesiada por mi golosina favorita. Realmente, era un niño tonto.

Menciono todo esto porque fue ese día cuando dejé en la sala de espera mis últimas lágrimas. Consciente de que dijera lo que dijera mi madre - que ese día no abrió la boca para arrastrarme hasta allí- yo saldría del interior de la sala con la nalga

dolorida, comencé a descargar un último llanto premonitorio que cesó poco después de que la señora que salía nos indicara que podíamos pasar. Atravesado el umbral fatídico el sonido de un bolero cambió mi desconsolado llorar en tiernos pucheros. La radio ya no emitía noticias y la persiana estaba totalmente abierta, haciendo inútil la mortecina luz de tubo habitual en la sala. Mamá preguntó a la joven por don Pepe y ésta dijo que había ido a pasar unos días al pueblo por asuntos familiares y que también se había llevado a Truco. Se volvió y se agachó ante mí para poder hablarme cara a cara. Era morena y menudita, muy joven. Sonreía con los ojos y con la voz. Me agarró de los hombros en una caricia y me dijo hola hombrecito, tú eres un valiente ¿verdad?, ¿verdad que tú no llo-

ras?, eres muy mayor, eh... Olía a colonia de chica y eso me gustaba porque ocultaba el tufo a miasmas y alcohol hirviendo. Además, si lloraba, no podría oír su voz de bolero decirme cuidado que va, aunque la aguja lacerara igual y el líquido se expandiera con el mismo dolor. Reprimí, no sé por qué, las lágrimas en el interior de la garganta y salí cojeando, igual que siempre, de mano de mi madre pero esta vez sin palito de madera y sin llorar. Mamá me felicitó por lo bien que me había portado y me dijo que aquella era la última inyección.

Ya no era un niño tonto sino un hombrecito capaz de ahogar las lágrimas ante una mujer bonita.

Me quité la odiosa bufanda y cogí de un asa del capazo para ayudar a mamá.

